

los elogios justos, debemos decir algo más: que en la última obra de don Enrique Molina cobra un relieve dinámico su indiscutible calidad de maestro de la juventud hispanoamericana; y que los mentores que tienen la responsabilidad del porvenir, verán con inmenso júbilo durante muchas décadas—por lo menos—este libro edificante y bello en manos de las generaciones nuevas.—FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ.

<https://doi.org/10.29393/At238-54CSCR10054>

CARTAS A UNA SOMBRA, por *Myla Oyarzún*.

He leído sordamente, con la obscura y luminosa atención que para este hermoso libro en claroscuro, se requiere, y por ello, he vuelto a recorrer los caminos, tan familiares para mí, de la angustia, situándome en el recuerdo, desde donde nace la evocación creadora de Myla Oyarzún.

Su novela poemática situada en el mundo sensible, comienza en una escuela, sigue por un camino y se encuentra con el amor. Desde ese momento, la inspiración de la escritora es tomada por la angustia, y como dijo Tudela, «tiene desgarradamente el secreto de los mundos que mueve», y es por lo tanto, como tener la intuición del sufrimiento gestativo del universo, dando forma y contenido a la atmósfera en que respira el proceso de creación, y esta forma es la angustia; «raíz de todo alumbramiento». Entonces nos introducimos a ella, captando la flor en un momento cualquiera.

Y la flor nace, en el amor de Ximena y Gonzalo. Ambos soñadores, viven su romance hecho del afán metafísico de supervivir en el mágico estado de trance donde sitúan su pasión, pasión hecha de ademanes inaprehensibles, animada por un lenguaje de exaltación amorosa, donde la gran poesía pone sus colores más felices. El ama, pero no desea. La mujer le es indispensable en su metafórico y visionario mundo, pero la insi-

nuada ternura de los primeros días y el amor ardido que ha encendido en ella, lo dejan en una indiferencia sin remordimiento. Mas ella lo ama incondicionalmente y lo sigue por el laberinto angustioso de su corto tránsito por el mundo. Lo contempla vivir dolorosamente asombrado de la belleza de ese amor desventurado, y va caminando junto a él pausadamente, introduciéndose a esas sombras, con todo el jubiloso ímpetu de pasión.

Y todo ese deambular está iluminado por una luz que no desmaya, y que a través del contenido de esa vida, irradia sin quebrado esfuerzo. Y esa es la angustia del ser supersensible que ama sin posible resonancia y va contando las horas del amor y pesando su hermosura apasionada, en la desesperanza.

Cuando él muere, ella queda como una continuación de sus sueños, junto a él, como en la vida, viviendo un sueño más.

El lenguaje poético de la autora es rico en imágenes, algunas veces en poco manidas y rebuscadas, pero generalmente de alto vuelo lírico. Citaré algunos trozos que dan una idea exacta de su finura expresiva: «los pinares agitaban sus agujas sujetando el cielo» o «las casas del barrio mostraban sus naipes luminosos» o «con alguna labor entre sus manos, tan finas, a manera de un encaje más entre los encajes». O este comienzo de capítulo que ilumina como una acuarela conmovida: «Cuando había sol, ese sol leve de finales de invierno, íbamos a lento paso hasta la avenida de cintura». Lejos, lejísimos, en su otra ribera, estaban mis campos: mi madre, acudiendo también al llamado del sol, saldría a los caminos, pausadamente, apoyada en su bastón de caña, a impregnarse de aquel olor a tierra fresca que nace en los días azules».

He citado estos trozos, en que la belleza objetiva está unida a la objetiva, para situar a la escritora en el mundo sensible en que las cosas tienen su forma y color y sirven de apoyo a la trama de sus sueños. Porque ella titula novela a este gran poe-



ma dramático. A pesar de la emotiva belleza de algunos ambientes, el relato impresiona más que nada, por su calidad poética y lo inmaterial de su contenido, y lo sitúa por lo tanto, en el plano de la poesía pura.

Este desolado poema de amor, expresado en una voz de alto linaje lírico, aparecido después de su colección de poemas «Esquinas del viento» de bello y novedoso contenido, es un signo más con que Myla Oyarzún va marcando su auténtica huella de creadora en la zona de lo supersensible.—CHELA REYES.



HISTORIA DE LAS CIENCIAS, por *W. C. Dampier*

Teniendo a la vista la pulcra edición inglesa (3rd., revised and enlarged, 1943) de este alado manual de medio millar de páginas, hemos leído la versión castellana editada en 1944 por «Méxicolee», versión que revela un lamentable desconocimiento de la tercera edición inglesa y un cierto descuido tipográfico.

Sir Williams Cecil Dampier, de los Colegios Trinity y Winchester de Cambridge, tiene de las ciencias una cabal visión humanística, perfectamente compatible con su profundo dominio específico de la física y las matemáticas. Decididamente, el estudioso que desea obtener una sólida información científica necesita, entre otras cosas, contemplar el panorama del saber humano desde el altozano de la historia. Sin esta contemplación en perspectiva, somera si se quiere pero a la vez orgánica y funcional, no hay posibilidad de adquirir el gusto de las grandes síntesis científicas, ni cabe siquiera entender en toda su trascendencia la más modesta de las leyes privativas de determinada ciencia. El libro de Dampier constituye un argumento valiosísimo en favor de estas afirmaciones. Pero tiene además la historia de la ciencia, cuando se narra con la gracia y el rigor